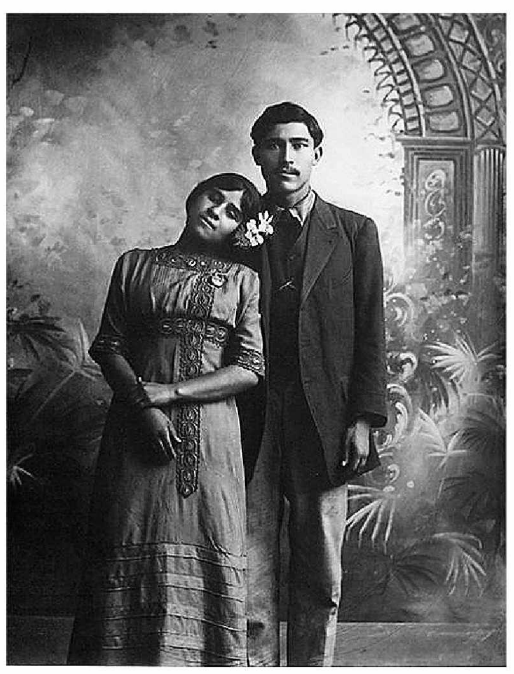
1891
Guanajuato

Cantarranas 34. Fotografía instantánea

El artillero, encapuchado, se agacha y toma puntería. La víctima, un linajudo caballero de Guanajuato, no sonríe ni pestañea ni respira. No tiene escapatoria: a sus espaldas ha caído el telón, frondoso paisaje de yeso pintado, y la escalinata de utilería conduce al vacío. Cercado de flores de papel, rodeado de columnas y balaustradas de cartón, el grave prócer apoya la mano en el respaldo de una silla y con dignidad enfrenta la boca de cañón de la cámara de fuelle.
Toda Guanajuato se deja fusilar en el estudio de la calle Cantarranas 34. Romualdo García fotografía a los señores de mucho pergamino y a sus mujeres y a sus hijos, niños que parecen enanos enfundados en grandes chalecos con reloj de bolsillo y niñas adustas como abuelitas aplastadas por sombrerotes de mucha seda y cinta. Fotografía a los gordos frailes y a los militares de gala, a los recién comulgados y a los recién casados; y también a los pobres, que vienen de lejos y dan lo que no tienen con tal de posar, muy peinados, muy planchados, luciendo las mejores prendas, ante la cámara del artista mexicano premiado en París.
El mago Romualdo García convierte personas en estatuas y vende eternidad a los mortales.



Fotografía de Romualdo García

1891
Purísima del Rincón

Vidas

De nadie aprendió; de aficionado pinta. Hermenegildo Bustos cobra en especies o a cuatro reales el retrato. El pueblo de Purísima del Rincón no tiene fotógrafo, pero tiene pintor.

Hace cuarenta años, Hermenegildo retrató a Leocadia López, la belleza del pueblo, y le quedó muy ella. Desde entonces, en el pueblo de Purísima hubo exitosos entierros y casamientos, muchas serenatas y uno que otro destripado en las cantinas, alguna niña se fugó con el payaso de un circo ambulante, tembló la tierra más de una vez y más de una vez mandaron desde Ciudad de México nuevo jefe político; y mientras pasaban los lentos días y ocurrían soles y aguaceritos, Hermenegildo Bustos iba pintando a los vivos que veía y a los muertos que recordaba.

El es también hortelano, heladero y sieteoficios. Siembra maíz y frijoles, en tierra propia o por encargo, y se ocupa de desagusanar plantíos. Hace helados con la escarcha que recoge de las hojas del magüey; y cuando afloja el frío hace conservas de naranja. Además borda banderas patrias, arregla techos que se llueven, dirige los toques de tambor en Semana Santa, decora biombos, camas y ataúdes y con muy delicada mano pinta a doña Pomposa López en acción de gracias ante la Santísima Virgen, que la arrancó del lecho de agonía, y a doña Refugio Segovia en retrato que destaca sus encantos, sin olvidar ni un pelo de los rulos sobre la frente y copiando en el cuello el dorado prendedor que dice *Refugito.*

Pinta y se pinta: recién afeitado, corto el pelo, pómulos salientes y cejas fruncidas, traje de militar. Y al dorso de su imagen escribe: *Hermenegildo Bustos, indio de este pueblo de Purísima del Rincón, nací el 13 de abril de 1832 y me retraté para ver si podía el 19 de junio de 1891.*



Retablo de Hermenegildo Bustos

1892
París

El escándalo del canal

Un tribunal francés ha decretado la quiebra de la Compañía del Canal de Panamá. Se suspenden las obras y estalla el escándalo. Súbitamente se evaporan los ahorros de miles de campesinos y pequeños burgueses de Francia. La empresa que iba a abrir un tajo entre los océanos, aquel paso que los conquistadores buscaron y soñaron, ha cometido una monumental estafa. Se divulgan las cifras millonarias derrochadas para sobornar políticos y enmudecer periodistas. Desde Londres, Friedrich Engels escribe: *En lo de Panamá podría hacerse añicos toda la porquería burguesa. Se ha hecho el milagro de transformar el canal en abismo insondable...*
Nadie menciona a los obreros antillanos, chinos e hindúes que la fiebre amarilla y la malaria han exterminado a un ritmo de setecientos muertos por cada kilómetro de canal abierto entre las montañas.

1892
San José de Costa Rica

Profecía de un joven poeta de Nicaragua, llamado Rubén Darío

El siglo que viene verá la mayor de las revoluciones que han ensangrentado la tierra. ¿El pez grande se come al chico? Sea; pero pronto tendremos el desquite. El pauperismo reina, y el trabajador lleva sobre sus hombros la montaña de una maldición. Nada vale ya sino el oro miserable. La gente desheredada es el rebaño eterno para el eterno matadero...
No habrá fuerza que pueda contener el torrente de la fatal venganza. Habrá que cantar una nueva Marsellesa que, como los clarines de Jericó, destruya la morada de los infames... El cielo verá con temerosa alegría, entre el estruendo de la catástrofe redentora, el castigo de los altivos malhechores, la venganza suprema y terrible de la miseria borracha.

1893
Canudos

Antônio Conselheiro

Hace mucho tiempo que los profetas recorren las tierras candentes del nordeste brasileño. Anuncian que el rey Sebastián regresará desde la isla de las Brumas y castigará a los ricos y volverá blancos a los negros y jóvenes a los viejos. Cuando acabe el siglo, anuncian, el desierto será mar y el mar, desierto; y el fuego arrasará las ciudades del litoral, frenéticas adoradoras del dinero y el pecado. Sobre las cenizas de Recife, Bahía, Río y San Pablo se alzará una nueva Jerusalén y en ella Cristo reinará mil años. Se acerca la hora de los pobres, anuncian los profetas: faltan siete años para que el cielo baje a la tierra. Entonces ya no habrá enfermedad ni muerte; y en el nuevo reino terrestre y celeste toda injusticia será reparada.

El beato Antônio Conselheiro vaga de pueblo en pueblo, fantasma escuálido y polvoriento, seguido por un coro de letanías. La piel es una gastada armadura de cuero; la barba, una maraña de zarzas; la túnica, una mortaja en harapos. No come ni duerme. Reparte entre los infelices las limosnas que recibe. A las mujeres, les habla de espaldas. Niega obediencia al impío gobierno de la república y en la plaza del pueblo de Bom Conselho arroja al fuego los edictos de impuestos.

Perseguido por la policía, huye al desierto. Con doscientos peregrinos, funda la comunidad de Canudos junto al lecho de un río fugaz. Aquí flota y fulgura el calor sobre la tierra. El calor no deja que la lluvia toque el suelo. Brotan de los cerros calvos las primeras casuchas de barro y paja. En medio de esta hosca tierra, tierra prometida, primer escalón hacia los cielos, Antônio Conselheiro alza en triunfo la imagen de Cristo y anuncia el apocalipsis: *Serán aniquilados los ricos, los incrédulos y las coquetas. Se teñirán de sangre las aguas. No habrá más que un pastor y un solo rebaño. Muchos sombreros y pocas cabezas...*

1895
Cayo Hueso

Viaja la libertad dentro de un cigarro

Duerme nunca, come poco. José Martí reúne gentes y dinero, escribe artículos y cartas, dice discursos, poemas y conferencias; discute, organiza, compra armas. Más de veinte años de exilio no han podido apagarlo.
Desde siempre supo que Cuba no podría ser sin revolución. Hace tres años fundó, en estas costas de la Florida, el Partido Revolucionario Cubano. Nació el partido en los talleres de tabaco de Tampa y Cayo Hueso, al amparo de los trabajadores cubanos desterrados que han escuchado a Martí en persona y por papel impreso.
Los talleres parecen universidades obreras. Es tradición que alguien lea libros o artículos mientras los demás trabajan en silencio, y así los obreros tabaqueros reciben cada día ideas y noticias y cada día viajan por el mundo y la historia y las asombrosas regiones de la imaginación. Por boca del *lector,* la palabra humana se dispara y penetra en las mujeres que despalillan tabaco y en los hombres que tuercen las hojas y arman puros sobre el muslo o la mesa.
De acuerdo con los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo, Martí lanza la orden de alzamiento. La orden viaja desde estos talleres de la Florida y llega a Cuba escondida dentro de un habano.

1895
Playitas

El desembarco

Dentro de cuarenta años, Marcos del Rosario recordará:
–Al general Gómez no le gusté a primera vista. Me decía: «¿Qué va usted a buscar en Cuba? ¿Se le ha perdido algo allá?»
Marcos aplaudirá sacudiéndose la tierra de las manos:
–El general Gómez era un viejito tremendo, fuerte, fuerte, y muy ágil, y hablaba muy alto y a veces se subía y se lo quería tragar a uno...
Atravesará el huerto buscando sombra:
–Al fin hallamos un barco que nos puso cerca de la costa de Cuba.
Mostrará las argollas de fierro de su hamaca:
–Estas son del bote aquél.
Echado en la red, encenderá un cigarro:
–El barco nos dejó en la mar y había una marejada terrible...
Dos dominicanos y cuatro cubanos en un bote. El temporal juega con ellos. Ellos han jurado que Cuba será libre.
–Una noche oscura, no se veía nada...
Asoma una luna roja, pelea con las nubes. El bote pelea con la mar hambrienta.
–Estaba el viejito a proa. El tenía el timón y Martí la brújula del bote. Un golpe de agua le arrancó el timón al general... Luchábamos con la mar que nos quería tragar y no nos quería dejar llegar a tierra de Cuba...
Por arte de magia, el bote no se hace pedazos contra los acantilados. El bote vuela y se hunde y resurge: vira de pronto, se abren las olas y una playita aparece, una minúscula herradura de arena:
–Y el general Gómez saltó a la playa y cuando vido la tierra firme, de viaje besó la tierra y cantó como gallo.

1895
Arroyo Hondo

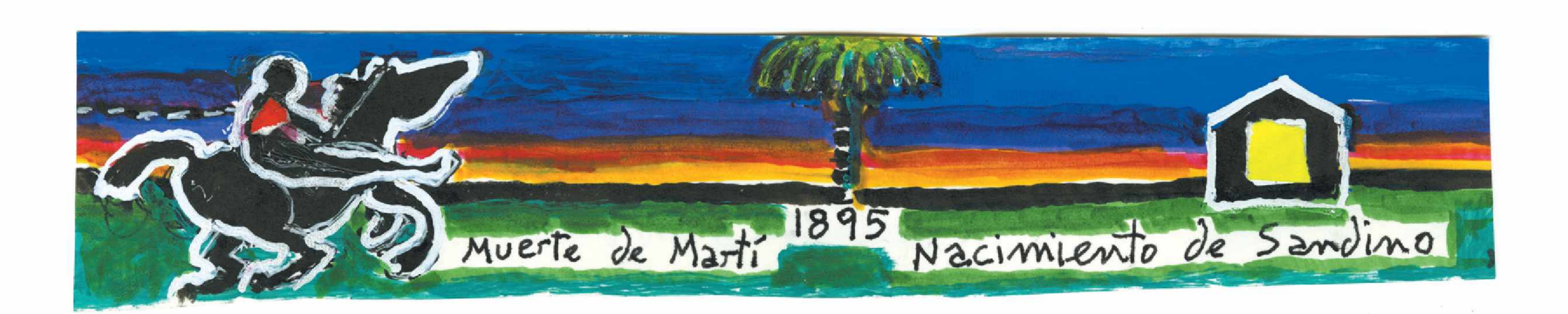
Sierra adentro

No tristeando: radiante, celebrando, Marcos del Rosario hablará de Martí:
–Cuando lo vi, creí que era demasiado débil. Y después vi que era un hombrecito vivo, que daba un brinco aquí y caía allá...
Martí le enseña a escribir. Martí sujeta la mano de Marcos, que dibuja la A.
–El se había criado en los colegios y era hombre sublime.
Marcos cuida a Martí. Le hace buenos colchones de hojas secas, le trae de beber agua de coco. Los seis hombres que han desembarcado en Playitas se hacen cien, se hacen mil... Marcha Martí, morral a la espalda, rifle en bandolera, trepando sierra y alzando pueblo.
–Cuando estábamos subiendo las lomas, toditos cargaos, a veces se caía. Y yo iba a levantarlo y de viaje me decía: «No, gracias, no». Tenía un anillo hecho de los grillos que los españoles le pusieron cuando era niño todavía.

1895
Campamento de Dos Ríos

El testamento de Martí

En el campamento, en mangas de camisa, Martí escribe una carta al mexicano Manuel Mercado, su amigo entrañable. Le cuenta que todos los días corre peligro su vida, y que bien vale la pena darla por su país *y por mi deber de impedir a tiempo, con la independencia de Cuba, que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser...* Derramando sangre, escribe Martí, los cubanos están impidiendo *la anexión de los pueblos de nuestra América al Norte revuelto y brutal que los desprecia... Viví en el monstruo y le conozco las entrañas –y mi honda es la de David.* Y más adelante: *Esto es muerte o vida, y no cabe errar.*
Después, cambia de tono. Tiene otras cosas que contar: *Y ahora, le hablaré de mí.* Pero la noche lo para, o quizás el pudor, no bien empieza a ofrecer a su amigo esos adentros del alma. *Hay afectos de tan delicada honestidad...* escribe, y eso es lo último que escribe.
Al mediodía siguiente, una bala lo voltea del caballo.



1895
Niquinohomo

Se llamará Sandino

A las puertas de esta casa de adobe se juntan las gentes, atraídas por el llanto. Como araña volteada mueve brazos y piernas el recién nacido. No vienen desde lejos los reyes magos para darle la bienvenida, pero le dejan regalos un labrador, un carpintero y una vivandera que pasa camino del mercado.
La comadrona ofrece agüita de alhucemas a la madre y al niño una pizca de miel, que es su primer sabor del mundo.
Después, la comadrona entierra la placenta, que tan raíz parece, en un rincón del huerto. La entierra en buen lugar, donde da fuerte el sol, para que se haga tierra aquí en Niquinohomo.
Dentro de algunos años, también tierra se hará, tierra alzada de toda Nicaragua, el niño que acaba de salir de esta placenta.

1896
Port-au-Prince

Disfraces

Según la Constitución de Haití, la república de los negros libres habla francés y profesa la religión cristiana. Se avergüenzan los doctores, porque a pesar de leyes y castigos el *créole* sigue siendo la lengua de casi todos los haitianos y casi todos siguen creyendo en los dioses del vudú, que vagan sueltos por bosques y cuerpos.
El gobierno exige un juramento público a los campesinos:
–Juro destruir todos los fetiches y objetos de superstición, si los llevo conmigo o los tengo en mi casa o en mi tierra. Juro no rebajarme nunca a ninguna práctica supersticiosa...

1896
Boca de Dos Ríos

Réquiem

–*¿Fue aquí?*
Ha pasado un año, y Máximo Gómez se lo va contando a Calixto García. Los viejos guerreros de la independencia de Cuba se abren paso desde el río Contramaestre. Detrás, vienen sus ejércitos. El general Gómez cuenta que aquel mediodía Martí había comido con ganas y después había recitado unos versos, como tenía costumbre, y que entonces oyeron unos tiros seguidos de descargas cerradas. Todos corrieron buscando caballo.
–*¿Fue aquí?*
Llegan a un matorral, a la entrada del camino a Palo Picado.
–*Aquí* –señala alguien.
Los macheteros limpian el pequeño espacio de tierra.
–*Nunca lo escuché quejarse ni lo vi doblarse* –dice Gómez.
Gruñón, enojón, agrega:
–*Yo le ordené... le aconsejé que se quedara.*
Un espacio de tierra del tamaño de su cuerpo.
El general Máximo Gómez deja caer una piedra. El general Calixto García echa otra piedra. Y van pasando los oficiales y los soldados y se suceden los ásperos chasquidos de las piedras al caer, piedras agregándose a las piedras, mientras crece altísimo el túmulo de Martí y sólo se escuchan esos chasquidos en el inmenso silencio de Cuba.

1896
Papeete

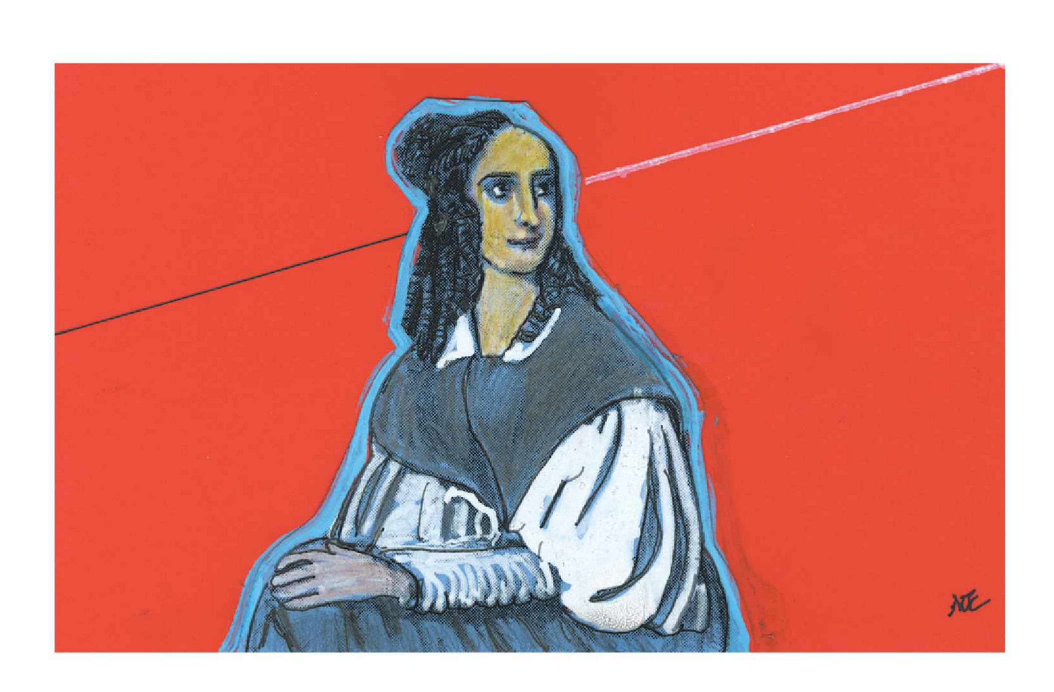
Flora Tristán

La tela, desnuda, inmensa, se ofrece y desafía. Paul Gauguin pinta, persigue, echa color como diciendo adiós al mundo; y la mano, desesperada, escribe: *¿De dónde venimos, qué somos, a dónde vamos?*

Hace más de medio siglo, la abuela de Gauguin preguntó lo mismo, en uno de sus libros, y murió averiguando. La familia peruana de Flora Tristán no la mencionaba nunca, como si diera mala suerte o fuera loca o fantasma. Cuando Paul preguntaba por su abuela, en los lejanos años de la infancia en Lima, le contestaban:

–A dormir, que es tarde.

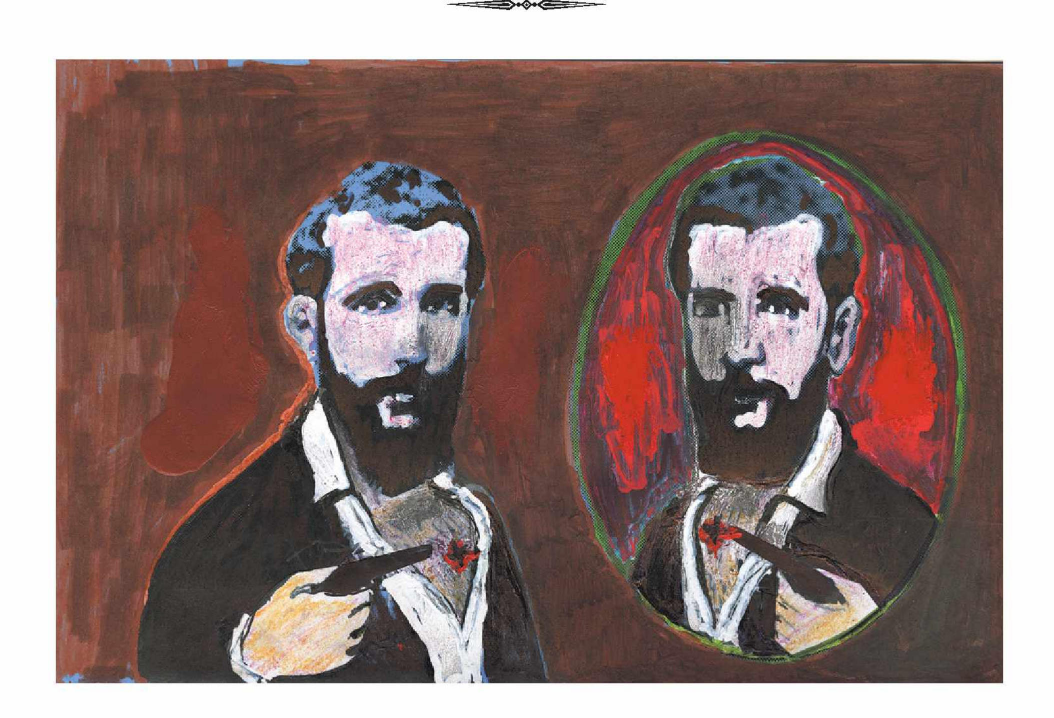
Flora Tristán había quemado su vida fugaz predicando la revolución, la revolución proletaria y la revolución de la mujer esclavizada por el padre, el patrón y el marido. La enfermedad y la policía acabaron con ella. Murió en Francia. Los obreros de Burdeos le pagaron el ataúd y la llevaron en andas al cementerio.



1896
Bogotá

José Asunción Silva

Ama a su hermana Elvira, aroma de alhucemas, incienso de benjuí, furtivos besos de la más pálida sílfide de Bogotá, y por ella escribe sus mejores versos. Noche tras noche acude a visitarla al cementerio. Al pie de su tumba lo pasa mejor que en los cenáculos literarios.
José Asunción Silva había nacido vestido de negro, con una flor en el ojal. Así ha vivido treinta años, golpe tras golpe, el lánguido fundador del modernismo en Colombia. La bancarrota del padre, mercader de sedas y perfumes, le ha quitado el pan de la boca; y en un naufragio se han ido a pique sus obras completas.
Hasta altas horas discute, por última vez, la cadencia de un verso alejandrino. Desde la puerta, farol en mano, despide a los amigos. Después fuma su último cigarrillo turco y por última vez se compadece ante el espejo. Ninguna carta llega desde París para salvarlo. Atormentado por los acreedores y por los malévolos que lo llaman Casta Susana, el poeta se desabrocha la camisa y clava el revólver en la cruz de tinta que un médico amigo le ha dibujado sobre el corazón.



1896
Manaos

El árbol que llora leche

Los indios lo llaman *caucho.* Lo tajean y brota la leche. En hojas de plátano plegadas a modo de cuenco, la leche se recoge y se endurece al calor del sol o del humo, mientras la mano humana le va dando forma. Desde muy antiguos tiempos los indios hacen, con esa leche silvestre, antorchas de largo fuego, vasijas que no se rompen, techos que se burlan de la lluvia y pelotas que rebotan y vuelan.

Hace más de un siglo, el rey de Portugal recibió jeringas sin émbolo y ropas impermeables desde el Brasil; y antes el sabio francés La Condamine había estudiado las virtudes de la escandalosa goma que no hacía caso de la ley de gravedad.

Miles y miles de zapatos viajaron desde la selva amazónica hacia el puerto de Boston, hasta que hace medio siglo Charles Goodyear y Thomas Hancock descubrieron un método para que la goma no se quebrara ni se ablandara. Entonces los Estados Unidos pasaron a producir cinco millones de zapatos por año, zapatos invulnerables al frío, a la humedad y a la nieve, y grandes fábricas surgieron en Inglaterra, Alemania y Francia.

Y no sólo zapatos. La goma multiplica productos y crea necesidades. La vida moderna gira vertiginosamente en torno del árbol inmenso que llora leche cuando lo hieren. Hace ocho años, en Belfast, el hijo de John Dunlop ganó una carrera de triciclos con neumáticos que su padre había inventado en lugar de las ruedas macizas; y el año pasado Michelin creó neumáticos desmontables para los automóviles que corrieron entre París y Burdeos.

La Amazonia, selva descomunal que parecía reservada a los monos, los indios y los locos, es ahora coto de caza de la United States Rubber Company, la Amazon Rubber Company y otras lejanas empresas que de su leche maman.

1896
Manaos

Dorada edad de la goma

Sube el telón, parsimonioso, mientras suenan los primeros acordes de la ópera *La Gioconda,* de Ponchielli. Es noche de mucha pompa y gala y mosquitos en la ciudad de Manaos. Los artistas líricos italianos están inaugurando el Teatro Amazonas, inmensa nave de mármol traída desde Europa, como ellos, hasta el corazón de la selva.

Manaos y Belém do Pará son las capitales del caucho en el Brasil. Iquitos, en la floresta peruana. Las tres ciudades amazónicas pavimentan sus calles con adoquines europeos y alegran sus noches con horizontales muchachas venidas desde París, Budapest, Bagdad o la selva de por aquí. Batutas de oro dirigen las orquestas y los lingotes sirven de pisapapeles; un huevo de gallina cuesta un ojo de la cara. Las personas importantísimas beben bebidas importadísimas, se restablecen en las aguas termales de Vichy y envían a sus hijos a estudiar a Lisboa o a Ginebra, en barcos de la Booth Line que recorren las barrosas aguas del río Amazonas.

¿Quiénes trabajan en los bosques del caucho? En el Brasil, los flagelados de las sequías del nordeste. Desde aquellos desiertos, vienen los campesinos hasta estos pantanos donde es preciso volverse pez. En cárcel verde los encierran por contrato; y temprano llega la muerte a salvarlos de la esclavitud y la espantosa soledad. En el Perú, los brazos son indios. Muchas tribus caen aniquiladas en esta edad de la goma, que tan eterna parece.



1897
Canudos

Euclides da Cunha

Durante el día la tierra humea, llamea, se dilata. Cuando cae la noche, hacha de hielo, la tierra tirita y se contrae: el amanecer la encuentra partida en pedazos.

Escombros de terremotos, anota Euclides da Cunha en su cuaderno. *Paisaje que parece hecho para salir corriendo,* anota. Recorre las arrugas de la tierra y las curvas del río, retorcido camino de barro seco que los indios llamaban *Miel Roja,* y en vano busca sombra entre los arbustos raquíticos. Aquí el aire vuelve piedra todo lo que toca. Un soldado descansa, boca arriba, con los brazos abiertos. Una costra negra le mancha la frente. Hace tres meses lo mataron, peleando cuerpo a cuerpo, y ahora es su propia estatua.

Desde lejos, desde la aldea sagrada de Canudos, suenan balazos. El monótono tiroteo lleva días, meses, alterado a veces por los cañonazos y las ráfagas de ametralladora, y Euclides quisiera entender de dónde viene la fuerza de estos campesinos místicos que resisten, impávidos, el asedio de treinta batallones. Muchos miles de campesinos se están haciendo matar por devoción al mesías Antônio Conselheiro. El cronista de esta guerra santa se pregunta cómo pueden confundir al cielo con estos páramos y a Jesucristo con un alucinado que se salvó del manicomio por no haber plaza vacante.

Vacilando entre el asco y la admiración, Euclides da Cunha describe cuanto ve, de asombro en asombro, para los lectores de un diario de San Pablo. Socialista a la europea, mestizo que desprecia a los mestizos, brasileño avergonzado del Brasil, Euclides es uno de los más brillantes intelectuales de la república que ostenta, en su bandera recién nacida, el lema *Orden y Progreso.* Mientras ocurre la matanza, él intenta asomarse al misterio del sertón del nordeste, tierra de fanáticos donde se heredan rencores y devociones, se cura con oraciones el *mal triste* de las vacas escuálidas y se celebra con guitarras la muerte de los niños.

